Signos Literarios, vol. XXII, no. 43, January-June, 2026, 152-157

Rafael Alarcón Sierra (ed.) (2025), *"Llamo a los poetas": Miguel Hernández y sus maestros literarios*, Jaén, Universidad de Jaén, 502 p.

En la tradición hispánica, Garcilaso de la Vega fue el primer poeta que recibió el tratamiento de clásico. Las páginas que le dedicaron, por ejemplo, Francisco Sánchez de las Brozas y Fernando de Herrera dieron al toledano un sitio especial; a partir de entonces, cada uno de sus versos y cada una de sus palabras han sido un punto de partida para un sinnúmero de investigaciones filológicas. Una de las tareas obligadas consistiría, luego, en establecer la relación que un poeta clásico guarda con sus predecesores, sobre todo con aquellos que inevitablemente son sus modelos (en el caso de Garcilaso, los vínculos obvios son con la literatura latina y griega, pero también con Petrarca y su escuela). De tal forma que, en dicho paradigma, la originalidad absoluta se convierte en una auténtica imposibilidad: casi todo se podría relacionar con algo más. Por supuesto, estos ejercicios ponen al lector en verdaderos aprietos: ¿cómo determinar con total certeza aquello que bien podría ser un efecto más bien de la mera casualidad? En épocas antiguas, los eruditos podían postular con mayor certidumbre tales o cuales hipótesis, sobre todo porque existía una cultura compartida, unas lecturas que debían realizarse si se pretendía ser un verdadero humanista; había *algo*, pues, que resultaba, en el fondo, más o menos obvio para todos los lectores enterados. Con el paso de los siglos, tales seguridades desaparecen, pero no por ello se evapora la voluntad de establecer, por una parte, quiénes son los nuevos autores clásicos y, por la otra, cuáles son sus influencias —lo segundo sería una consecuencia de lo primero—. La obra colectiva que aquí reseño es el resultado —y es heredera— de tal pulsión.

Hay términos que, en el ámbito de los estudios literarios contemporáneos, resultan problemáticos; si se utilizan, se hace con algunas previsiones razonables; entre ellas estaría, precisamente, la palabra *influencia*. La influencia parecería establecer una relación directa, inapeable, unidireccional, mecánica. Acaso el concepto de *intertextualidad* ha resultado tan popular en las últimas décadas por los matices que aporta a los estudios: no son los individuos sino los textos quienes dialogan. En la obra editada por Rafael Alarcón Sierra, se incluyen capítulos que ahondan en las relaciones literarias que el poeta Miguel Hernández guardó con poetas antiguos y modernos,

por medio de la consideración, sobre todo, de las huellas que hay en sus versos, lo que supuestamente representó para él algún tipo de inspiración. Varios autores del volumen, por cierto, advierten su deseo de no incurrir en aquello que el poeta Pedro Salinas denominó como "crítica hidráulica", es decir, el tozudo señalamiento de las probables fuentes de los poemas. Además del riesgo que se corre al indicar tales fuentes y equivocarse, concentrar todos los esfuerzos de investigación en ese sentido puede resultar innecesario, puesto que lo radicalmente poético no depende de los influjos y de las influencias, sino de lo conseguido en un poema auténtico. Por fortuna, los ensayos de este libro, en todo caso, valoran el lugar de los otros en la producción poética hernandiana, las maneras en las que el autor de *El rayo que no cesa* aprovechó las diversas lecciones de sus maestros y de sus amigos; de allí el *magisterio* que aparece en el título de la obra aquí reseñada. Es mi impresión que este enfoque permite esclarecer, en realidad, importantes inquietudes en torno a su figura y a su obra. Frente a la imagen más o menos divulgada de un poeta silvestre, aquí se confirma en cambio la de un autor de una sólida cultura literaria; la de un hombre que se adueña de la tradición con una inteligencia notable. Es Hernández un excelente lector que se apropia de lo que él lee; sabe cómo sacar un provecho máximo a los autores de la tradición española, y no sólo eso: también se entera y se adueña de la expresión poética de su tiempo con sensibilidad y originalidad; es, pues, un lector *interesado*. Los momentos más sugerentes de *Llamo a los poetas* ocurren cuando los especialistas logran iluminar esos procesos de escritura. Con el propósito de resaltar lo que hay en cada uno de los artículos, en las siguientes páginas incorporo unas breves notas acerca de los ensayos.

Francisco García Jurado busca recobrar el sentido más amplio de la tradición a partir de las consideraciones de María Rosa Lida de Malkiel y de Pedro Salinas, en "Miguel Hernández o la quimera de la tradición clásica". Para iluminar la obra del poeta, acaba acudiendo a los autores del Siglo de Oro, y desde allí subraya algunas de las milenarias plasmaciones de la rosa. Estudia un par de sonetos con ribetes vanguardistas, poco acabados si se comparan con las obras en verdad importantes del escritor oriolano.

Carmen Alemán Bay busca, en tres conjuntos de borradores, las huellas de otros autores en el proceso de escritura de Miguel Hernández. Como editora de los borradores y apuntes del poeta, revisa el trabajo que ella previamente ha editado. Aquí

comenta los momentos en los que Hernández transcribe palabras ajenas, juega con dichas citas, se prepara para el ejercicio de la escritura; esto lo hace con los autores del Siglo de Oro y con algunos de sus contemporáneos, entre otros, Gómez de la Serna, San Juan, Quevedo, García Lorca, Guillén, Juan Ramón Jiménez, etc. También recoge algunas ideas metapoéticas vertidas en los borradores y las anotaciones al vuelo.

José María Balcells, en "Huellas de san Juan de la Cruz en la poesía de Miguel Hernández", expone precisamente los rastros de la poesía del carmelita en la del autor de *El silbo vulnerado*. De hecho, es sobre todo a partir de este libro, y en los textos escritos en aquella época, en lo que se concentra el investigador; no sólo consigna sus hallazgos en los libros de poesía, sino también en las obras de teatro. Una de las conclusiones: "El estímulo sanjuanista no supuso […] afanes de la proximidad, sino en general más bien de desvío, y hasta en algún caso de distanciamiento irónico" (p. 115). El análisis de los poemas sirve, además, para constatar algo curioso: si san Juan aprovecho muchas veces imágenes populares para sacralizarlas, Miguel Hernández acude a sus versos para ahondar en lo sexual y en lo afectivo.

Francisco Javier Díez de Revenga intenta estudiar el magisterio de Lope de Vega en la obra del poeta Miguel Hernández. Para ello, sugiere las ediciones en las que el poeta de Orihuela pudo leer las composiciones líricas del dramaturgo, especialmente, la de Montesinos. El investigador examina la importancia de la canción popular en los dos autores. Sin demostrarlo plenamente, sugiere que la confección de los sonetos de *El rayo que no cesa* procede del magisterio lopesco.

En un amplio y excelente artículo, Jesús Ponce Cárdenas estudia la presencia gongorina en algunos poemas de Miguel Hernández. El investigador se concentra, sobre todo, en la etapa de *Perito en lunas*. En su estudio —el cual tiene un acertado enfoque filológico— plantea la lectura de algunas décimas que son, a la vez, enigmas barrocos y epigramas. Para poder comprender su contenido oculto, se hace necesaria una estrategia de lectura similar a la que empleamos para decodificar los textos del poeta de Córdoba. Los poemas estudiados contienen un rasgo interesantísimo: "El hilo conductor que recorre casi todos estos versos es el tratamiento de diferentes tabús, en una línea bastante consecuente con los planteamientos rupturistas y antiburgueses de la vanguardia" (p. 221). Entre esos tabús, se destaca el onanismo, asunto sobre el cual el autor de *El rayo que no cesa* escribió con llamativa recurrencia.

Andrés J. Sáez se dedica a la consideración de los rasgos, temas e imágenes de origen quevedesco. Es interesante —como lo hace notar— la pronta identificación de esa influencia, en las observaciones vertidas tanto por Juan Ramón Jiménez, como por

Pablo Neruda. En su artículo, resalta el influjo de Quevedo, sobre todo a partir de la aparente superación del estilo gongorino. De tal modo que el autor de *Los sueños* acompañaría la escritura de los versos de Hernández durante el periodo de *El rayo que no cesa*. Para demostrar esto, Sáez hace el cotejo de los versos de ambos autores, y, si bien hay coincidencias entre la obra de uno y otro, es a veces imposible determinar si existe una influencia directa o indirecta, tal como lo manifiesta el especialista. Hacia el final de su ensayo, se destacan tres rubros que los acercan: el ingenio verbal, el uso de ciertos símbolos (e incluso de algunas palabras y temas) y la influencia formal.

Rafael Alarcón Sierra ha estudiado las coincidencias entre las obras de Juan Ramón Jiménez y Miguel Hernández. Sin duda, el punto de partida, bien documentado, es la enorme admiración que el poeta de Orihuela sintió por el vate de Moguer. Alarcón Sierra presenta un estudio en el que se consideran las distintas etapas de la producción de Hernández —desde los primeros años de su ejercicio literario hasta su periodo en la cárcel— y los elementos que sirven para postular la cercanía entre el maestro y el alumno. Uno de los hallazgos más relevantes es la forma en la que se les puede emparentar por el tratamiento de lo pastoril o eglógico, claro está, con la influencia del simbolismo francés de por medio. Acaso el alto número de coincidencias existentes entre los dos autores —las cuales son consignadas a detalle— sirvan para asegurar la prevalencia del influjo.

Por su parte, Laura Palomo Alepuz atiende la relación literaria que Hernández estableció con la figura y los textos de Gabriel Miró. No queda la menor duda de la admiración que el poeta guardó por la obra del prosista. Dicha admiración se deriva del interés que ambos mantuvieron por la naturaleza, por el campo, por la vida apartada del trajín de las ciudades. Éste es precisamente el punto de partida del ensayo. En gran medida, podría decirse que se trata de un texto con un enfoque comparativista entre las dos obras. Para poder llevar a cabo dicha comparación, Palomo Alepuz estudia centralmente la presencia de la palmera, la higuera, el mar, la huerta y el limón en sendos autores.

En su artículo, Aitor L. Larrabide se dedica al estudio del vínculo entre Miguel Hernández y Ramón Sijé. Por supuesto, todos los lectores de la poesía de *El rayo que no cesa* recuerdan la famosa elegía escrita por el poeta. Este ensayo posee una particularidad: los dos personajes son estrictos contemporáneos (Hernández es de 1910 y Sijé de 1913), además de que compartieron un lugar de origen en el pueblo de Orihuela. Larrabide traza los puntos de coincidencia entre ambos, por ejemplo, la admiración que sintieron por Gabriel Miró y por el Siglo de Oro. También

Signos Literarios, vol. XXII, núm. 43, enero-junio, 2026, 152-157, ISSN: 3061-7782

resalta el investigador la influencia que el pensamiento de Sijé pudo tener tanto en el ámbito de lo estético, como en lo ideológico. Otra aportación más es el rastreo de la convivencia en publicaciones y eventos.

Para entender la cercanía entre la producción teatral de Federico García Lorca y Miguel Hernández, Emilio Peral Vega optó no por establecer una influencia directa del primero con el segundo; en lugar de eso, ha preferido ilustrar algunos elementos fundamentales del ambiente político, cultural e ideológico de aquel momento, los cuales sirven para explicar algunas decisiones esenciales en la confección de las obras de teatro de ambos. Por ejemplo, aquello relacionado con la renovación del auto sacramental como fundamento para la escritura de obras nuevas, y también el planteamiento acerca del uso del romance con funciones precisas.

El texto de Alejandro Duque Amusco es, por principio de cuentas, biográfico; las primeras páginas de su ensayo las dedica a explicar la relación amistosa entre dos poetas cuyos orígenes sociales no podían ser más diferentes. El acercamiento de Hernández y de Aleixandre se convierte en un intercambio enriquecedor. La muerte del poeta de Orihuela —según lo postula el ensayista— es un parteaguas en la vida del poeta de la calle de Velintonia. En un segundo momento, Duque Amusco se dedica a contrariar la supuesta influencia de Hernández en la obra de Aleixandre, tal y como lo había sugerido antes el especialista Dario Puccini; para este ejercicio crítico, se insiste en que el uso de las mismas palabras y de imágenes cercanas no sirve para reconocer un inapelable proceso de influencias. Para finalizar su texto, presenta datos acerca del papel que Aleixandre tuvo en el proceso editorial de la obra de Hernández tras su muerte y en su consagración.

Para cerrar el volumen, José Carlos Rovira propone la intervención de Pablo Neruda para que Miguel Hernández conociera la obra del Conde de Villamediana. Durante sus años en España, Neruda descubre la casi olvidada obra de Villamediana, decide editar algunos poemas de este autor, y es Hernández quien funge como revisor de las pruebas. Si bien podría explicarse el uso del rayo por la lectura que hizo de las composiciones —imagen esencial en la poesía del oriolano—, Rovira sugiere y desecha tal hipótesis, a partir de la consideración de que se halla en la tradición y en la obra de más creadores; de tal forma que esta investigación se convierte, en todo caso, en un estudio en el que se ejerce la comparación entre las obras.

En fin, *Llamo a los poetas* es un libro que sirve para confirmar algo esencial en el proceso de escritura de Miguel Hernández y, asimismo, su calidad de clásico. Como se ha visto, en el volumen hay ensayos en los que se estudia la influencia del Siglo

Signos Literarios, vol. XXII, núm. 43, enero-junio, 2026, 152-157, ISSN: 3061-7782

de Oro —de aquella tradición que se confirma por el paso de los siglos— y de las propuestas estéticas presentes por aquellos años. Hernández entendió el valor que había en los autores infaltables de la tradición —siguiendo en ello a los del 27— y también comprendió la necesidad de renovar las posibilidades de la poesía. Esta dialéctica entre lo antiguo y lo moderno se puede observar en muchos de sus versos. Para entender este fenómeno, resulta necesario leer la obra del poeta recordando esos vínculos siempre estimulantes. *Llamo a los poetas* es un compendio de ensayos importante para quienes se dediquen al estudio de la obra hernandiana desde esta perspectiva.

PABLO MUÑOZ COVARRUBIAS
ORCID.ORG/0000-0002-3950-1123
Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa
juanpablomunozcovarrubias@gmail.com